

29 y 30 DE MAYO DE 1969**La Historia Viva del Cordobazo**

Es sin duda muy difícil hablar del Cordobazo sin repetir conceptos, porque esos dos días —que conmovieron a América y al país— también han engendrado ríos de tinta; por eso hoy hemos preferido ofrecer a los mecánicos, a la clase obrera y al pueblo de Córdoba otra cosa, una nueva experiencia de trabajo. Así, hemos querido recuperar el Cordobazo en todo su calor y viveza, en toda su fuerza significativa, a través de un seco relato producido por sus propios actores, vale decir por NOSOTROS, la masa mecánica. Para ello la Secretaría de Prensa del SMATA Córdoba efectuó más de una treintena de entrevistas a compañeros de todos los niveles, desde directivos y afiliados; a ese material se lo seleccionó luego, para después fundir las exposiciones en un solo escrito, separado por pausas que facilitan

su coordinación. De ese modo surge un texto en el que se respeta fielmente el lenguaje de los compañeros entrevistados, y donde aparecen acontecimientos de todo tipo; desde colectivos a individuales, trágicos y cómicos, grandes algunos y otros en apariencia insignificantes. El resultado intenta, cuatro años después, revivir la gigantesca riqueza humana, testimonial y política del Cordobazo en una forma que todos podamos conservar diciendo: Si, ahí estuvimos, esto lo hicimos nosotros. En definitiva, se trata de recordar un hecho del que fuimos protagonistas y cuya importancia fue tal que se abre hacia el futuro marcando los caminos y las metas con que los trabajadores y el pueblo llegaremos a la auténtica liberación.

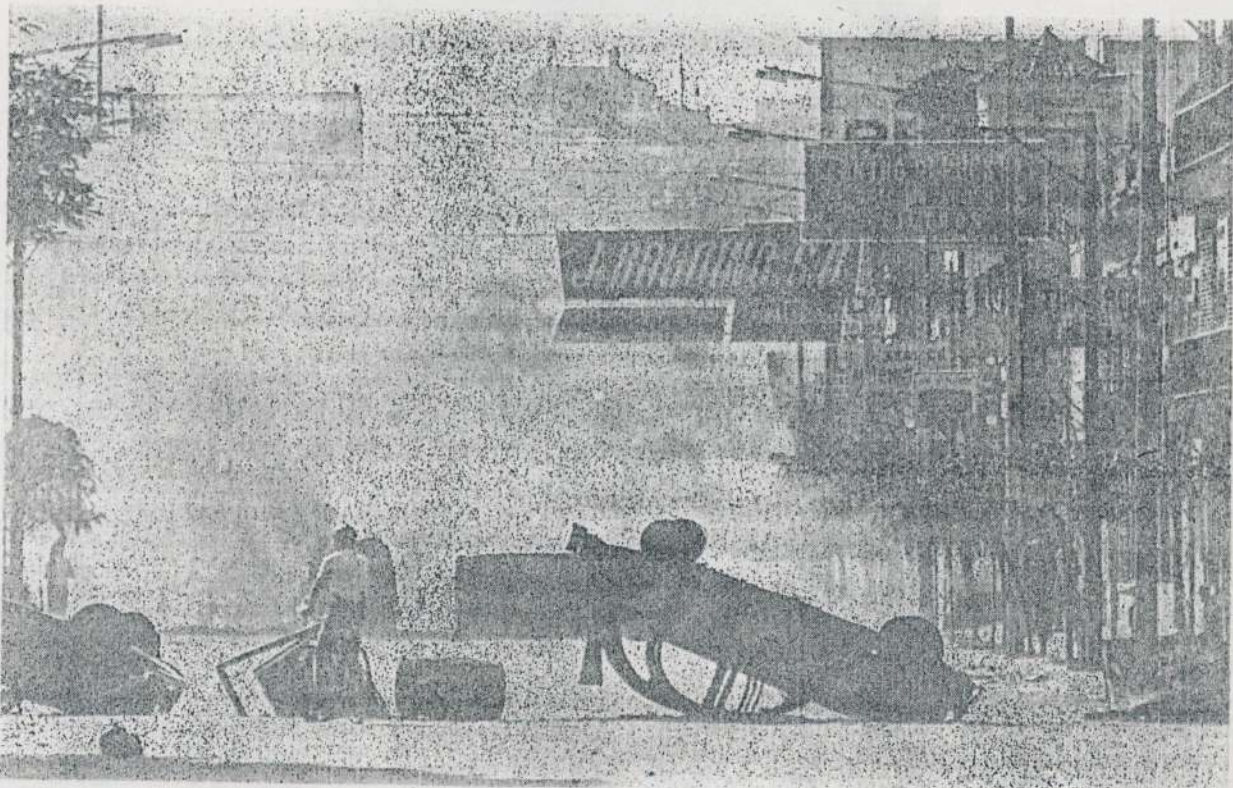
ASI LO HICIMOS

El 29 amaneció un día hermoso, lleno de sol. Cuando se produce el aban-

dono de planta, abandona el cien por cien, parte de la supervisión y la totalidad de los empleados. Nunca se

ha dado con tal unanimidad el abandono. Y nos ponemos en marcha todos juntos, en un clima si se quiere

de combatividad, de algarabía. Al avanzar se notaba un clima muy distinto al común de las manifestaciones,



**TODOS al
Homenaje al
Compañero
MENA**



Los mecánicos debemos concurrir en forma MASIVA Y UNANIME al homenaje que se rendirá al compañero Máximo Mena.

Con tal motivo el abandono de tareas se realizará a las 11 hs., para concentrarnos en la plaza Vélez Sársfield y desde allí dirigimos encolumnados hasta Boulevard San Juan y Arturo M. Bas, donde a las 12 horas, se reunirá el conjunto de los trabajadores, convocados por el último plenario de la C.G.T. Regional. Los compañeros de los turnos tarde y noche deben concurrir a la plaza a las 11.45 horas.

Después de este gran acto los mecánicos iremos a la sede de nuestro Gremio; allí se impondrá el nombre MAXIMO MENA al salón, descubriéndose con tal motivo una placa; luego nuevamente encolumnados marcharemos al Cementerio para, en la última morada del compañero Mena, realizar una nueva muestra de emocionada recordación.

De ese modo NOSOTROS, partícipes fundamentales de las jornadas del 29 y 30 de Mayo de 1969, y herederos de su espíritu antiburocrático, antipatronal y sub-imperialista recordaremos este cuarto aniversario con la combatividad que merezca este día, QUE POR SIEMPRE FUE Y SERA NUESTRO.

La Historia Viva...

la gente nos aplaudía y nos saludaba; nosotros los arengábamos y fueron muchas las personas que nos siguieron.

Quando íbamos en el camino algunos compañeros, los más inquietos, preguntaban qué podía pasar; algunos sabíamos que algo iba a pasar y quizás que iban a pasar cosas muy serias. Otros decían que no iba a pasar nada. También nos preguntábamos si la policía iba a reprimir; algunos estábamos seguros de que sí iba a reprimir; otros decían que no, que no iba a reprimir porque se crearía un hecho de demasiada gravedad para el gobierno. En la rotonda de barrio Las Flores nos paramos frente a una escuela donde había una maestra y chicos en la puerta. Allí se estableció un diálogo; las maestras nos decían que por favor no fuéramos, que no siguiéramos avanzando porque la policía iba a tirar, decían que nos iban a matar. Nosotros les decíamos no, y ellas insistían en que sí, que sí iban a tirar.

En el Hogar Escuela hicimos un pequeño acto para reagrupar la columna, porque ya se visualizaba que la policía había tomado posiciones alrededor de la Plaza La Paz. Nosotros decidimos seguir avanzando y toda la columna se pone más compactamente llena, y así se pone en movimiento. Al pasar frente al Hogar Escuela un grupo de compañeros se desprende, saca la bandera, promete devolverla al final y esa bandera argentina empieza a encabezar la columna del SMATA, junto con otros cartelones. Hacemos unos trecientos metros más y ya a la policía federal la tenemos enfrente.

Quando la columna avistó a las fuerzas represivas algunos compañeros vacilaron. Yo estaba casi al frente, hice señas con el brazo de que siguiéramos adelante. Las fuerzas represivas se pusieron en movimiento y vinieron hacia nosotros; tomaron posición hacia nosotros; tomaron posición aproximadamente a trescientos metros, aproximadamente. Vi, al darme vuelta para ver qué pasaba detrás mío, que algunos compañeros comenzaban a replegarse; otros se desplazaban hacia el barrio Bella Vista, ubicado a la izquierda en sentido de la dirección que tratamos. El grupo más decidido tomó piedras en sus manos y siguió al frente; era un grupo bastante numeroso. Otros grupos se desplazaron hacia la derecha, hacia los terrenos de la Ciudad Universitaria; en ese momento no estaban los edificios y era todo baldío, todo barrancas. Cuando estábamos a diez metros de la policía, ésta empezó a disparar bombas de gases. Empezamos a correr, pero no en dirección contraria sino en dirección a ellos; no tratábamos de huir, tratábamos de buscar un flanco favorable. Comenzamos a desplazarnos por la orilla del camino y entramos por la parte barrancosa, donde está lleno de espinas; nos llenamos de espinas pero seguimos avanzando. Las bombas de gases llovían. Y puede parecer exagerado, pero al sentir los disparos encima pensaba en qué sentirían los que realmente están en una guerra, pensé en Vietnam.

En Plaza La Paz éramos de quinientos a seiscientos compañeros apedreando a la policía. En ese momento vi a un compañero que, con toda imprudencia, quiso avanzar hacia la po-

licia no sé con qué intención. Pienso que con intenciones de dialogar con ellos, de persuadirlos. Ese compañero recibió una paliza tan grande que cuando los cascos lo dejaron estaba totalmente ensangrentado.

Parte de la columna se lanza por la Ciudad Universitaria, y por las barrancas adyacentes a Parque Vélez Sársfield y comienza a hostigarlos por los dos flancos. Haciéndose cada vez más intensa la represión y la contestación nuestra, que desde posición no muy favorable hacia retroceder a la policía. Llega el momento decisivo, en que ésta se repliega, sube a los carros de asalto y emprende la retirada avanzando por la avenida Vélez Sársfield, que ya estaba semidespoblada. Nosotros, que nos habíamos desviado por el lado de barrio Observatorio y del Hospital Misericordia, cruzamos por el lado de Pueblo Guemes, donde la concentración popular es mayor. Allí se notaba la adhesión que iba despertando en todos. Yo recuerdo muy claramente la cantidad de

he... como fulminado; cae al suelo el compañero y yo interpreté que se había resbalado. Entonces algunos se hacen un poco a un lado y yo sigo; desemboco en medio de la bocacalle y entonces veo que lo que estaba sucediendo era que la policía nos estaba tirando. Había una brigada del escuadrón con pistola desarmada y tiraba alevosamente, así, a menos de cuarenta metros, tiraba. Entonces veo a un muchacho que se abre un poco; se tocaba el costado, yo creía que le habían pegado un tiro, y efectivamente fue el roce de una bala que milagrosamente no lo alcanzó. Le rozó la piel, entró por un lado de la camisa y salió por el otro, dejándole una marca negra. En esos momentos la desorientación y la desesperación me llevan a agacharme; y sin darme cuenta reventé las mandarinas que traía en la mano, así las reventé, las estrujé y me cayó todo el jugo por la manga hacia adentro. Y veo hacia atrás, hacia donde había venido corriendo. Y veo que al compañero caído lo atienden entre un grupo, y decían: Hay que llevarlo al hospital, hay que llevarlo al hospital. Entonces es cuando de costado la gente comienza hos-

La policía tomó posiciones cerca de la plaza del oso. En un momento dado vi que volvían a la carga, que traían las armas en sus manos. Comenzaron a disparar y sentíamos los disparos de las armas de fuego; un compañero dijo: Son de fuego, pero silbaban sobre nuestras cabezas. Entonces nos corrimos, nos quedamos del lado de la pared, justo en la esquina; así vimos un grupo de compañeros que corrían por la vereda de enfrente. Vimos CAER A UNO DE ELLOS, los que iban con él se pararon y lo levantaron. Tenía la cabeza totalmente ensangrentada y se lo llevaron, gritando ASESINOS. Después me enteré que ese chico que había caído se llamaba Castellanos; nos replegamos por el Bulevar San Juan y comenzó la destrucción.

Al llegar a Colón y General Paz, en la misma esquina, la primer bomba de estruendo que creo que ha sonado el 29 fue arrojada por el compañero más conocido por el Gigante.



mujeres, de ancianos que arrimaban diarios, sacaban antorchas de los casas, nos regalaban cajas de fósforos; desde los balcones la gente nos saludaba. Seguimos avanzando; nos habíamos conseguido reagrupar y por varias calles paralelas avanzaban columnas de trabajadores; eso nos daba bastante ánimo. Hasta que llegamos casi al sector que colinda con el Bulevar San Juan; la columna que yo integraba venía bajando por la calle Arturo M. Bas; habíamos quedado con un grupo de compañeros en comprar unas mandarinas, y por eso nos habíamos quedado un poquito atrás. Nos estábamos repartiendo las mandarinas, cuando en la cabeza de la columna que iba a una cuadra y media antes, comienzan los compañeros a gritar: Vengan, vengan que acá está la cana, y agitaban los brazos. Y así sin dudar un instante nos lanzamos a correr para reforzar a los compañeros que ya desembocaban en el bulevar. Entonces veníamos a la carrera, yo recuerdo que traía dos mandarinas en la mano. Cuando desembocaba en el Bulevar San Juan, más o menos a unos cinco o seis metros delante mío VEO CAER A UN COMPAÑERO. Que cae,

tiger a la policía; llovían ladrillazos de todos lados y la policía comienza a replegarse; el que los mandaba da la orden, entonces enfrentan por el bulevar para retirarse, y no obstante eso se dan vuelta y seguan tirando. Ahí ocurre que lo levantan al compañero caído, y todavía bajo la lluvia de balas los compañeros cruzan la bocacalle a toda carrera. Yo me incorporo para tratar de ver quien era y no lo reconocí, pero lo que sí vi fue que hizo un estertor y la cabeza le cayó hacia adelante. Lo llevaban entre cuatro o cinco, más quizás, y para mis adentros pensé: No cuenta el cuento, tuvo la sensación DE QUE HABÍA MUERTO EN ESE INSTANTE Y ASÍ HABÍA SIDO. Entonces es un rayo de indignación en todos nosotros y a la policía, que todavía seguía disparando las armas y caracoleando con los caballos, lo encaramos todos juntos. Y huyen al galope y reciben ladrillazos de todos lados, y todos los compañeros seguían corriendo y tirándoles piedras sin que nadie hubiera dado la orden; así como una... como una corriente eléctrica.

De una obra en construcción arrancamos de un solo golpe la baranda que estaba unida con fuertes hierros clavados con cemento, asegurada con hierro de construcción más o menos del diez o del doce. Hoyes después volví al mismo lugar y me puse a mirar, y me parecía increíble lo que habíamos hecho, parecía que hubiera pasado un huracán. Así se hizo, sin que nadie diera una orden, como una explosión instantánea. Entonces después de llenar de barricadas ese sector seguimos avanzando; ya la avenida se empezaba a llenar por todas las otras columnas. Nosotros mirábamos el Bulevar San Juan de un extremo a otro y era un hormiguero de gente destruyendo todo, sacando los cartelones de publicidad, lotofolias, de arriba de las casas nos tiraban cajones, hasta colchones viejos para hacer fuego. Más adelante seguimos avanzando hacia la Cañada, y los compañeros llevan una máquina vial que estaba abandonada; la lleva casi a pulso y en medio de la cola se la hace una hoguera. Después a un camión viejo se le cae el motor porque estaba seguramente en reparación y a la carrocería se la cruza en medio de la calle; los compañeros tiraban pesos enormes. Y seguimos nuestra marcha, en Bulevar San Juan y La Cañada hacemos una barricada mucho mayor, mucho más grande que las demás. Llegaban noticias de que por la Terminal había otros muertos y más crecía la indignación de la gente; alcanzamos a ver que en Plaza Vélez Sársfield el escuadrón todavía hacia carga de pistola; allí vimos un caballo que estaba sin jinete, que lo corrían los compañeros al caballo solo y después vimos la policía que se replegaba. Prácticamente, de ahí en adelante había quedado el control en manos obreras.

Un sargento de policía escuchó rezagado, y un compañero desde atrás de un zaguán le monotea un pic y lo tira al suelo; el caballo por el ruido y todo se dispara. El tipo tenía el art. a enfundado en la pistolera; se levanta corriendo otro compañero lo tira un par de tiros; cuando nosotros íbamos llegando para evitar que la agarráramos tiró el arma al río. Nosotros lo chapamos, le sacamos la gorra y el correa; y también lo tiraron al río, después se metieron unas mujeres, le sacaron la ropa, lo tiraron al suelo, le pegaron, lo dejaron en calzoncillo. El tipo se cubría la cara contra la

La Historia Viva...

pared; pidió por Dios y por los hijos que no le pegaran más, que no lo mataran.

Yo me tiré, me puse así atrás de un poste, un palo... una columna de esas de hierro para el tranvía. Y estaba ahí atrás, pero, digamos, uno no mide; vos sabés que no se da cuenta lo que son las balas en ese momento ¿no? Está, está en el ruido ahí, ve que paf pum los fogonazos y qué sé yo pero nada más. Y en eso ¡plim! ¡plim! pegó un chumbo, pero habrá pegado a treinta centímetros arriba de mi cabeza ¿no? A la mierda dije yo, esto va en serio; y me pegué una gateada así y salí para el lado de la calle.

En un despliegue impresionante de organización espontánea la gente va



tomando esquina por esquina con los rezagos de cosas que los vecinos nos tiraban; los motociclistas, que cumplían una función de información muy efectiva, traían las noticias de lo que estaba ocurriendo en otros sectores de la ciudad, que era más o menos lo mismo, entonces nos daba más brío para la lucha. Luego alguien nos trae la noticias de que directamente se han unido los sectores de Plaza Colón y Barrio Clínicas con la parte nuestra y ya está copada toda esa área. Entonces la policía ante la imposibilidad de seguir avanzando se retira; algunos compañeros cuando se enteraban de las bajas que habíamos sufrido lloran de desesperación y gritan: Hay que tomar el caballo, hay que tomar el caballo. Lo que parecía una locura se va haciendo realidad; incluso he visto compañeros que nunca se habían metido en nada, medio tihios, pero que estaban decididos, con todo.

Cuando íbamos por Corro me enteré de que habían matado a Mena. Cuando me dieron esa noticia... se te ponen los pelos de punta, se te orizan, te embarga toda una indignación, una bronca, una ganas de agarrar y tirar piedras, tiros, patadas, qué sé yo, contra todo, contra no sabés qué ¿no? Y vos sabés que en ese momento te ponés a pensar, a buscar, y ese creo que fue para mí un momento crucial y decisivo ¿no?, en mi vida y en mi manera de pensar y razonar. Y fijate el razonamiento que hice yo: hasta ese momento tenía

cierta duda y cierta desconfianza, machacado por la eterna propaganda de las clases dominantes de que la subversión, los infiltrados de extrema izquierda ta ta ta... Dentro de un proceso evolutivo mientras te van machacando tenés todavía ese ogro, "ese cuco ¿no es cierto? Pero fijate cómo ma abrá golpeado tan fuerte ese momento que yo miré a mi alrededor mío, dentro de la indignación que tenía, y dije: ¡la gran puta! si acá para un camión, levanta las cortinas y empieza a tirar fusiles me calienta tres corrajes de dónde vengan. Pero yo agarro y tiro chumbos como loco.

Los canas estari a cuánto, a quin ce metros de la esquina; y el pibe, el flaquito, agarró y sacó una bomba de estruendo y la prendió con el cigarro con u a mocha cortita, y la largó. Fue una explosión terrible y

se cayeron casi todos los canas del caballo, casi casi todos.



Algunos muchachos jóvenes demasiado encoquecidos pretenden cruzar un par de Citroen frente a Visconti Manzi, a cinco metros de los surtidores de nafta, y prenderles fuego. Entonces los vecinos nos piden que intervengamos, que iba a ser un acto criminal estúpido. Tratamos de parar a ese grupo que no parecía dispuesto a escuchar razones, pero hacen arrancar los Citroen, le pasan por encima del pie a un compañero, los llevan al otro extremo de la plaza y ahí los queman. Una medida bien tomada porque iban a salir perdiendo numerosos vecinos, y no era contra ellos que estábamos peleando.

Yendo a la Plaza Colón estaba ardiendo la Conlitteria Oriental y sacaban los compañeros lo que les hacía falta, comida. Yo pude sacar un pedazo de torta y me la comí por supuesto. Ahí se daban el gusto los muchachos que no sabían lo que era el whisky, tomaban whisky. A los muchachos que estaban sacando los Citroen les dijimos que se podía ir a comer allá, y se fueron a la Oriental.

A esta altura nos hablan de que está cortado el camino a Montecristo, hay

barricadas en el Camino a Pajas Blancas, el panorama que se veía era toda la ciudad COPADA POR LAS FUERZAS POPULARES. Se veían columnas de humo, habían comenzado a sobrevolar los aviones, mientras nosotros nos preguntábamos: Qué pasará cuando venga el ejército; y muchos compañeros decían: Que venga nomás, que venga. Después comenzó a refrescar; se vino la noche, esa fue una noche bastante fría; fría y caliente en otros términos. Algún grupo veía una barricada que se estaba apagando y la incentivaba de nuevo; yo y otro compañero pasamos la noche en casa de un amigo, en Pueblo Güemes. Hacíamos salidas esporádicas cuando veíamos que estaba decreciendo una hoguera; esa noche no dormimos; se sentían disparos aislados, ráfagas de ametralladora, era una locura todo.

Se que mucha gente murió por esto. Yo las conclusiones que saco de esas jornadas gloriosas de lucha es que el único medio que tiene la clase obrera para conseguir su objetivo es la lucha concreta. Solamente con la movilización de las grandes masas podremos lograr la liberación de nuestra Patria.

Los Rehenes de la Dictadura Están en Libertad: La Lucha del Pueblo lo Logró

!!! BIENVENIDOS COMPAÑEROS !!!

La movilización obrera y popular ha posibilitado la liberación de los presos gremiales, políticos y estudiantiles, que purgaron con cárcel y torturas el delito de defender los intereses de la clase obrera. En el largo y cruento combate contra el régimen, fueron muchos los que ofrendaron sus vidas y que permanecerán siempre en nuestra memoria como un ejemplo revolucionario que nos impulsa a continuar la lucha hasta consolidar una patria justa y libre, sin explotadores y explotados; vaya para ellos nuestro agradecimiento y recordación eterna, con el pleno convencimiento de que sus muertes no han sido en vano y que su sangre no será jamás negociada. El Gremio mecánico saluda alborozado a los compañeros liberados que vuelven a ocupar su lugar en la trinchera para continuar la lucha del pueblo contra los opresores.

!!! BIENVENIDOS COMPAÑEROS !!!

La Caída de la "Revolución Argentina"

La Enseñanza del Cordobazo

La muerte enluta siempre, y puede llegar a simbolizar y conmover a un pueblo; ello sucede cuando el cuerpo de la víctima —un compañero— yace sobre la calle con la cabeza o el pecho ensangrentados, luego que se lo ha visto correr minutos antes, y caer en el mismo instante del fuerte y seco estampido de una pistola 45.

El 12 de setiembre de 1966, al mediodía, moría en el Hospital de Urgencia un estudiante —también obrero de Ika— llamado Santiago Pampillón, baleado por la policía cinco días antes, durante una manifestación callejera. El 29 de mayo de 1969, también al mediodía, y por los mismos motivos, caía mortalmente herido Máximo Mena, un joven obrero mecánico.

De una muerte a otra muerte mediaron más de dos años, de historia intensa y silenciosa, colocados entre el bautismo de fuego de la Revolución Argentina —Pampillón— y el fuego victorioso del Cordobazo. La noche de la muerte de Santiago los estudiantes ocuparon el barrio Clínicas (sesenta manzanas en total), levantaron barricadas y encendieron fogatas, resistiendo la embestida policial hasta la madrugada. Mena murió, 32 meses después, en la hoguera del Cordobazo, cuando la clase obrera, los estudiantes y la mayoría del pueblo se habían adueñado de la ciudad, ejerciendo por primera vez la democracia revolucionaria.

Dos víctimas de un mismo régimen, dos hombres jóvenes que simbolizan dos momentos de un proceso de profundos cambios ideológicos y sociales, que comienza en 1966 con la revuelta de los estudiantes y culmina en 1969 con la insurrección de la clase obrera y el pueblo. Un proceso que, por sus alcances y consecuencias, los hechos demostrarían más tarde que tenía raíces nacionales, pero que tuvo a Córdoba y su pueblo como destacamento de vanguardia.

LOS AÑOS DEL SILENCIO

¿Qué había ocurrido durante esos dos años y medio, aparentemente de ostracismo? La "expectativa esperanzada" abierta por el golpe militar del 28 de junio de 1966 duró poco. Tras la intervención de las universidades nacionales el gobierno de Juan Carlos Onganía mostró su verdadero rostro: el de la represión violenta e indiscriminada. Luego definiría su política económica; con el ministerio del Dr. Krieger Vasena comenzaba la era de la concentración monopolista, de la invasión del capital extranjero, y la des-nacionalización de la banca y la industria.

Se congelaron los salarios y la libertad; esa fue la fórmula del régimen; la jerarquía militar, la "comunidad de los negocios" (o sea la oligarquía agraria y la burguesía industrial monopolista) refundieron sus proyectos de clase dominante en esa fórmula sencilla y eficaz, que descargaba sobre todo el pueblo, y especialmente la clase trabajadora, el esfuerzo de perpetuar el dominio de esa clase. Monseñor Caggiano aportó los granitos de arena del espíritu, y la burocracia sindical de Buenos Aires se convirtió en aliada natural del sistema, demorando y sabotando permanentemente la respuesta obrera y popular

y ensayando una y otra forma de conciliación o participación. Así fueron los primeros años de la Revolución Argentina.

¿Qué sucedía entretanto en Córdoba?

Aquí, al calor del odio y del sentimiento de impotencia despertados por la represión a los estudiantes y la muerte de Pampillón, comenzaba a gestarse un cambio en la conciencia y la actitud del pueblo. La Revolución Argentina, sin quererlo (o mejor dicho sin medir sus consecuencias) había contribuido a destruir el mito de las Instituciones liberales; o sea del parlamento, la democracia representativa y los "partidos políticos". El pueblo había observado la caída del gobierno del Dr. Arturo Illia, volteado por un plumazo la noche del 28 de junio del 66, sin que pudiera ofrecer ningún tipo de resistencia u oposición. Había visto, también, cómo un grupo de militares, con la complicidad de la Iglesia, el frondo-frigerismo y la burocracia sindical, se había adueñado del poder en forma absoluta, disuelto el Congreso y la Suprema Corte y modificado la Constitución Nacional. Los sectores populares reflexionaban entonces, tal vez difusa e inconcientemente, sobre la debilidad de esas instituciones; y cuando vino la represión y el congelamiento de salarios, comenzó a preguntarse sobre la necesidad de nuevas formas de lucha, la posibilidad y la necesidad de confiar en sus propias fuerzas, y enfrentar a la dictadura de un modo directo y hasta violento en las fábricas, en las universidades y en las calles.

Así el pueblo, primero en pequeños grupos pero luego más extensa y mayoritariamente, comenzó a deliberar, a veces en secreto y después a voz de cuello. Los estudiantes se reunían en las aulas magnas de sus facultades, pero a veces irrumpían en manifestaciones callejeras y otras iban hasta las puertas de las fábricas, a tratar de comunicarse con los trabajadores. En éstos, a su vez, fermentaba un sentimiento y hasta una conciencia nueva; dejaban de creer en los burócratas sindicales, acostumbrados a decidir todo por arriba para luego "informar a las bases", a sacar los obreros a la calle cuando lo consideraban oportuno y después levantar las huelgas y negociar con las patronales o el gobierno, aunque en el camino quedaran los despedidos y los matones a sueldo se encargaran en las asambleas de acallar a golpes o amenazas las voces disidentes.

Ese sistema comenzó a derrumbarse los trabajadores empezaron a reunirse y pensar, a exigir mayor participación en la vida de los sindicatos, a reclamar democracia gremial, a fundar agrupaciones de base, corrientes clasistas o simplemente más combativas.

Los estudiantes y los obreros se acercaban por 1ª vez de una manera auténtica y sincera; los primeros golpeados por la crisis de la universidad, de la clase media y de las instituciones liberales; los segundos agredidos por una política económica antipopular y represiva, y además decepcionados de un método y un estilo muy arraigados en la clase obrera argentina: el paternalismo populista, o sea

la creencia y el acostumbramiento a que el caudillo, el movimiento o los burócratas siempre "tienen razón", y que de ellos siempre viene "la verdad".

No, la clase obrera y el pueblo de Córdoba comenzaron a pensar y decidir por sí mismos, primero poco a poco y después abierta y resueltamente. Así los encontró el mediodía radiante y rabioso del Cordobazo, abandonando las fábricas y las universidades, ocupando las calles, resistiendo y haciendo retroceder a la policía, quemando automóviles, prendiendo fogatas, agitando banderas, escuchando la palabra de los verdaderos representantes del pueblo, de pie sobre las barricadas, trayendo voces y conceptos nuevos, adecuados para la acción y para el futuro, muy lejos del parlamentarismo liberal o del populismo acolitado de abogados de escritorio y militares retirados, de los burócratas apoltronados en los fastuosos sindicatos de Buenos Aires o de los políticos llamados a silencio mientras el pueblo reventaba de ira en las calles de Córdoba.

Vaya el recuerdo y el reconocimiento para los militantes obreros y estudiantiles que en aquellos años del silencio trabajaron, bajo el cielo oscuro del régimen fascista, en organizar la resistencia popular, fomentar la conciencia de clase, crear agrupaciones revolucionarias clasistas o de base, y preparar la violencia del pueblo en todas sus formas, especialmente la violencia de masas, la violencia de la clase obrera organizada en la conciencia y en la acción, en los sindicatos y en la política, en la reforma y la revolución.

EL NUEVO CURSO

La historia que siguió el 29 de mayo de 1969 ya es más conocida; ese día cambió la historia; el pueblo de Córdoba había asestado un golpe mortal a la Revolución Argentina, aunque su agonía se prolongaría cuatro años más. Pero, lo que es más importante, había inaugurado una historia nueva, la historia de un pueblo que con el Cordobazo había tomado conciencia de sus propias fuerzas y capacidades. Aquella jornada victoriosa del pueblo cordobés fue seguida a modo de ejemplo en muchas ciudades y poblaciones argentinas, por los trabajadores industriales y los campesinos, por los empleados públicos y los estudiantes.

El Cordobazo pues, depuró esa atmósfera enrarecida y cargada que cubría el cielo argentino desde el 28 de junio del 66; demostró que era posible lo que muchos creían imposible; sacudió a los escépticos, advirtió a los equivocados y desnudó a los cobardes, oportunistas y conciliadores. Dio impulso a nuevas experiencias de lucha y organización; permitió que el clasismo y la democracia sindical ganaran terreno en el movimiento obrero; que surgieran SITRAC y SITRAM, que se fortaleciera la línea combativa de Luz y Fuerza, que gremios peronistas como UTA y muchos otros se colocaran en posiciones de lucha y unidad de acción; que comenzara el cese de los burócratas como Torres o Ugarte, y que los trabajadores mecánicos, municipales, docentes o empleados pu-

blicos recuperaran para ellos y para la clase obrera sus sindicatos, para cimentar la democracia obrera o impulsar las luchas reivindicativas y políticas de la clase trabajadora.

Los trabajadores mecánicos recorrieron ese camino, estuvieron en la primera fila del Cordobazo; sostuvieron la heroica huelga de junio de 1970, que fuera aplastada por fuerzas conjuntas de la policía, el ejército y la gendarmería. Libraron otras muchas batallas, algunas propias y otras junto al resto de la clase obrera y el pueblo de Córdoba. Y finalmente, en elecciones democráticas recuperaron su sindicato, rompieron las trabas que impedían una amplia y efectiva discusión y participación de los trabajadores en los problemas del gremio, de las empresas y del conjunto de la clase obrera. Ahí están, a modo de ejemplo, la lucha por el Convenio Colectivo, la defensa permanente de los intereses de todos y cada uno de los afiliados, la utilización honesta y fiscalizada de los fondos sindicales, la ampliación de la democracia gremial, y el afianzamiento de una línea combativa y de la indestructible unidad del gremio ante los intentos intervencionistas de la burocracia de Buenos Aires.

En una palabra, los trabajadores mecánicos de Córdoba han acompañado firmemente las luchas de la clase obrera y el pueblo argentino que siguieron al Cordobazo, combates que dieron por tierra con todos los proyectos de la dictadura militar por perpetuar el régimen, incluido el del Gran Acuerdo Nacional.

El Cordobazo, sin duda, quebró los cimientos de la Revolución Argentina, aunque el edificio montado en 1966 tardaría otros cuatro años en derrumbarse: los intentos continuistas de la dictadura fueron sepultados en las urnas del 11 de marzo y el 15 de abril, pero previamente el régimen había sido corroido hasta la médula por las grandes luchas obreras y populares y por la violencia revolucionaria expresada en las ocupaciones de fábricas, las huelgas combativas, las movilizaciones estudiantiles y juveniles y otras formas de violencia popular.

Hoy, la lucha continúa. Tras el fracaso de la Revolución Argentina, las clases dominantes, los monopolios y los militares reaccionarios tratarán de recomodar sus fuerzas. El propio Presidente Cámpora lo ha dicho: "una cosa es el gobierno y otra cosa es el poder", y el poder lo conquistará la clase obrera y el pueblo continuando la lucha, sin descuidar jamás la necesaria unidad de acción del movimiento popular. Se trata de conquistarla para construir una nueva sociedad, liberada del imperialismo y sin explotadores y explotados; no otra cosa es el socialismo, enraizado en nuestras tradiciones nacionales y populares, sin desviaciones burocráticas, que otorgue al pueblo el poder democrático de expresión y decisión en todos los aspectos de la vida social; un socialismo que contribuya a forjar un hombre nuevo, esa es la enseñanza fundamental del Cordobazo.